

ciso fuere, se sale con la suya, hecho en breve, hombre de cuenta.

¡Que el buen maestro hace la escuela! Ciertamente parece, mas precisa que haya de qué hacerla y cómo sea posible hacerla, sin someterse a planes y programas ajenos a la ciencia y prácticas humanas: éstas, como ya he sostenido con razones y apoyado en autoridad de Horacio Mann y de William Channing, sólo han de orientarse y dirigirse al hombre mismo y su naturaleza racional.

De modo, amigo mío y compañero en estas «diatribas pedagógicas»—ahora que está de moda el griego—, convengamos en que hasta el buen maestro, bueno por valeroso y cumplidor de su deber, a falta de alumnos capaces puede hacerse discípulo de sí mismo y aprender muchas cosas útiles del ambiente inútil.

Y también tenemos, finalmente, que así como el maestro bueno se hace buen estudiante y halla en eso mucho que aprender, asimismo el estudiante de nacimiento siempre adelanta de por sí, con sus propias fuerzas se abre paso en medio de las mayores dificultades; llega a saber tanto y más que le hayan enseñado sus mejores maestros, y, siéndolo de sí mismo, se gobierna libre dentro de toda clase de tiranías.

Suyo afectísimo,

VAL. F. FERRAZ